

MARCOS MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, *SÓFOCLES. Erotismo, Soledad, Tradición*, ed. Ediciones Clásicas, Madrid, 2011, 239 pp.

El presente volumen recoge los trabajos relacionados con Sófocles del profesor Marcos Martínez Hernández (en adelante M. H.), catedrático de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid, escritos a lo largo de los últimos veinticinco años de investigación. Especialmente volcado en el estudio del erotismo dentro de la literatura griega, ya sea como género propio o como formante indisoluble de buena parte de esta misma literatura, el profesor M. H. se ha convertido en uno de los grandes especialistas patrios en el tratamiento del amor y el sexo en la antigüedad, partiendo, como él mismo gusta de recordar en sus clases, del páramo infértil en el que estos estudios se hallaban en nuestro país hace treinta años. Fue en esos tiempos de transición hacia la democracia cuando él y otros precursores comenzaron a tratar estos temas con la misma profesionalidad con la que ya se venían tocando en nuestro país los asuntos tradicionales del estudio del mundo antiguo. Sin embargo, ésta es sólo una de las tres partes en las que se divide la obra del profesor M. H. Experto en Sófocles desde que el profesor J. Lasso de la Vega dirigiera su Tesis Doctoral acerca de *La esfera semántico-conceptual del dolor en Sófocles*, hace ahora treinta y cinco años, el autor aprovecha su magisterio en la figura y la obra del genial dramaturgo ateniense para ofrecernos trabajos que cultivan aspectos quizá no centrales de los habituales estudios sofocleos, pero que, precisamente por ello, dotan aun de mayor interés a la obra.

Tras comenzar por un emotivo Prólogo, en el que el profesor Martínez Hernández muestra su agradecimiento al ya fallecido J. Lasso de la Vega y al eminente profesor L. Gil Fernández (p. 13), se continúa con un apartado titulado «A modo de introducción», en el que se presenta muy brevemente la vida de Sófocles a partir de las anécdotas que sobre ella circulaban ya en la antigüedad y se someten a somero repaso algunas de las últimas publicaciones referidas a Sófocles, haciéndose el mayor hincapié en el *Sófocles* póstumo de J. Lasso de la Vega, reunión de todos los trabajos del antiguo maestro, que varios de sus discípulos recopilaron para su publicación (pp. 23-28). Posteriormente, en el tercer apartado del libro, «Erotismo», el profesor M. H. incluye tres de sus recientes trabajos: a) «Sófocles erótico (I): Aspectos eróticos en la vida de Sófocles», b) «Sófocles erótico (II): Fragmentos», c) «Sófocles erótico (III): Obras». En el primero de ellos, el autor confiesa su deseo de que todos estos años de dedicación al erotismo en la Grecia antigua culminen en una *Historia de la literatura erótica griega* (p. 37), que sería, sin lugar a dudas, bien saludada por todos los estudiosos y aficionados a la literatura, y define con precisión, con objeto de fijar un punto de partida en el análisis, qué entiende él por literatura erótica griega:

«Toda aquella relacionada con los conceptos de *éros* y *erotikós*, es decir, el amor en su más amplio sentido, tanto si se relaciona con el sexo, la pornografía u obscenidad, como si se le considera en su aspecto más espiritual y bellamente expresado, por lo que, para nosotros, resulta estéril la discusión acerca de la diferenciación de literatura amorosa, pornográfica, obscena o sexual. A nuestro entender, todas ellas son eróticas» (p. 37).

Sentada la premisa, el profesor M. H. dibuja un exhaustivo perfil erótico de Sófocles a partir del anecdotario antiguo, que divide en «anécdotas relacionadas con la homoerótica masculina, sus contactos con heteras, su vida sexual en la vejez y el tema de la bebida (p. 42)». Uniendo todos estos testimonios, cuya veracidad no se entra a cuestionar (p. 46), con el contenido erótico de los Fragmentos y de las Obras del propio Sófocles, el autor se propone recoger material suficiente como para rebatir las opiniones del profesor Adrados o de Benecke (pp. 72-73), quienes niegan el elemento erótico en Sófocles. A ese fin, Martínez Hernández analiza todos los Fragmentos susceptibles de admitir una lectura desde una perspectiva erótica (pp. 47-70), clasificándolos en cuatro grupos: «1) Los que tienen que ver con las divinidades del amor; 2)

Los que tratan de diversos temas o motivos muy típicos de la literatura erótica griega; 3) Los que se refieren a diversos aspectos de la mujer; 4) Vocabulario erótico (p. 49)». En cuanto a las Obras (pp. 71-116), se estudian por separado en orden de menor a mayor contenido erótico, en opinión del autor: *Filoctetes*, *Edipo en Colono*, *Ayante*, *Electra*, *Edipo Rey*, *Antígona* y *Traquinias*. Bajo el epígrafe de cada obra, se citan los versos en los que aparece el factor erotismo en cualquiera de sus formas, se comentan y, por último, se recupera el vocabulario erótico de la obra en cuestión, con su correspondiente traducción. Nosotros, sin cuestionar la validez del método, sí creemos que una petición de principio tan exigente como la presencia del elemento erótico en toda la obra de Sófocles puede, en ocasiones, llevar a la sobreinterpretación de determinados pasajes. Ejemplo de ello, tal vez, sea el caso del *Filoctetes* (pp. 75-77). Admitiendo la escasez de erotismo en la tragedia, el autor busca en la biografía previa del héroe algún momento que permita enlazar al personaje con el éros. Lo encuentra en una presunta relación homosexual entre éste y Heracles, basada en la estrecha amistad que unía a ambos héroes y que condujo a Heracles a entregarle el arco que, a la postre, haría famoso a Filoctetes, así como en la ausencia de testimonios que certifiquen un trato carnal con mujeres por parte del arquero. Sobre base tan débil y algún estudio que la avala, se reinterpretan términos tan generales y comunes en la tragedia como *philos* o *philtatos*, pronunciados por Filoctetes o Neoptólemo, el hijo de Aquiles y posible segundo componente de una relación pederástica, según H. Chung, para dar cabida al erotismo en la tragedia. Insistimos en los fuertes apriorismos que determinan la conclusión. Lo mismo sucede también con el *Ayante* (p. 83), donde se juega con la posibilidad de que el interés de Teucro por sepultar el cuerpo de su hermanastro Ayante venga motivado, entre otras cosas, por su papel de amante del héroe en una relación homosexual. De ahí a considerar que entre Polinices y Antígona existe un «vínculo incestuoso» (p. 95), que explicaría la obsesión de la joven por rescatar el cadáver de su hermano, sólo hay un paso, que no tienen reparo en dar algunos autores. No así el profesor Martínez Hernández, que se limita a exponer las diferentes posturas, sean éstas lo aberrantes que se quiera, y a centrarse en aspectos palpables del estudio, tales como los motivos literarios, la presencia de los dioses del amor y sus ritos o el riquísimo vocabulario erótico griego, con atención especial al empleo metafórico de éste. No es ello óbice, sin embargo, para que sus conclusiones (pp. 114-116) sean diametralmente opuestas a las alcanzadas por los mencionados Adrados y Benecke, con multitud de evidencias que prueban la importancia fundamental, casi fundacional, que detentaba el erotismo así en la vida como en la creación dramática de Sófocles.

El apartado que lleva por nombre «Soledad» (pp. 117-160) busca profundizar en la tragedia *Filoctetes* desde dos planos. Por un lado, se pretende rastrear el tratamiento del mito en el teatro griego clásico, como reza el título del sub-apartado, pero sin dejar de lado las versiones latinas y contemporáneas de las desventuras del afamado arquero. M. H., además, completa el seguimiento reconstruyendo los *Filoctetes* perdidos de Esquilo y Eurípides a partir de las noticias de Dión de Prusa (pp. 126-133). De la subsiguiente comparación con la obra de Sófocles, el autor concluye que la innovación más sensible de las llevadas a cabo por Sófocles «es suponer que la isla de Lemnos, lugar de abandono del héroe, está desierta». La presencia de la isla desierta, por otra parte, permite al profesor Martínez Hernández enlazar este apartado con el siguiente, titulado «¿Filoctetes, precursor de Robinson? El motivo de la isla desierta en *Filoctetes*». En él, se define el subgénero literario de la «robinsonada» (p. 148), se realiza un breve estudio diacrónico del subgénero (p. 149-150), para terminar con el comentario de los pasajes del *Filoctetes* sofocleo que, en opinión del autor, justifican la consideración de precursora de la presente tragedia con respecto al género popularizado por D. Defoe en el año 1719 (p. 150-160). Bajo nuestro punto de vista, merece destacarse en este punto la acertada corrección del autor a la traducción del verso 1321 de la tragedia sofoclea que llevan a cabo Alamillo

y Guzmán, quienes vuelcan un *egriosai* por «te enfureces» y «te enojas», respectivamente. La versión «te has vuelto un salvaje» del profesor Martínez Hernández, además de apoyar su tesis robinsoniana del personaje Filoctetes, se muestra más respetuosa con la etimología primera del término, manteniendo así toda su carga semántica (pp. 155). Únicamente cabría reprochar en este apartado de la «Soledad» —si bien puede hacerse extensible al contenido completo del volumen— una deficiente trabazón de los distintos trabajos que componen la obra, lo cual hace que se repitan cansinamente las informaciones, especialmente al comienzo de cada capítulo. Por poner un ejemplo, el mito de Filoctetes se narra de manera extensa y prácticamente idéntica en pp. 74-77, pp. 119-124, pp. 143-145. Con vistas a una más que probable reedición de este excelente libro del profesor M. H., una revisión que elimine texto superfluo y que corrija las erratas que se hayan contenidas en la obra contribuiría a una lectura más ágil y, por ello, más atenta del mismo.

En cuanto a la sección antepenúltima, denominada «Tradición» (pp. 161-202), el autor nos presenta un trabajo titulado «Sófocles en Plutarco», en el que se estudian las citas de la obra de Sófocles en Plutarco, con objeto de determinar el uso que éste hacía de las tragedias de aquél en su propia creación literaria. A ese fin el profesor Martínez Hernández divide las citas en cuatro apartados para su análisis y comentario: a) Testimonios sobre la vida y obra de Sófocles; b) Citas de las siete tragedias sofocleas conocidas; c) Citas de otras tragedias de Sófocles perdidas; d) Citas de tragedias inciertas. Son ciento ocho los pasajes examinados, siempre con la erudición y la seriedad propias del autor de este volumen. No obstante, algunos de los fallos ya registradas hasta ahora y que tienen que ver con la estructura interna del libro aparecen de nuevo en este apartado. En p. 171, por ejemplo, se anuncia que se va a desarrollar una sola parte de las cuatro en que el autor clasifica las citas de Plutarco por razón de tiempo, dado que es un trabajo pensado para su exposición oral, pero, pocas páginas después y sin previo aviso, se anula la advertencia y el artículo continúa con el tratamiento del resto de las partes anunciadas. Además de ello, quizás hubiera sido positivo para el propio estudio de la tradición sofoclea en Plutarco no incluir las obras decididamente espurias de éste, como es el caso de la *Vida de los diez oradores*, de la que se incluyen dos anécdotas (p. 173 y p. 176), sin que el profesor M. H. notifique el carácter no plutarqueo de aquéllas.

Por último, unos «Varia» (pp. 203-224) y unas «Referencias Bibliográficas» (pp. 225-239) cierran el volumen. Entre los primeros, cabe destacar el profundo análisis crítico que el autor lleva a cabo sobre la monumental obra *Sophocle*, del insigne filólogo francés Jacques Jouanna, «el estudio general más completo y exhaustivo que se haya escrito hasta ahora sobre Sófocles», en palabras del profesor Martínez Hernández (p. 210). No obstante, deja caer el autor su disgusto por la «parca y tacaña» bibliografía de Jouanna con respecto a la labor de los helenistas españoles (p. 219). A remediar esa laguna, entre otros muchos y ambiciosos objetivos, se ofrece el profesor M. H. con sus ya mencionadas «Referencias Bibliográficas», en las que se desagravia definitivamente a nuestra filología, con una esforzada labor de recopilación que rescata cerca de trescientas publicaciones, de las que más de setenta pertenecen a autores nacionales. En definitiva, una obra útil y amena, accesible a estudiosos y neófitos, que, sin lugar a dudas, marcará un precedente en estas ramas de nuestros estudios, menos transitadas, más desconocidas, y, en consecuencia, todavía capaces de sorprendernos.

Juan MUÑOZ FLÓREZ  
Universidad Complutense de Madrid